

— ¿Por qué me ha de molestar?, contestó Cándida con tono distraído; cuando trabajo siempre estoy entretenida.

— Es que temía... ¿Le desagradaría que tocara el piano?

— No veo el motivo de que deba desagradarme.

— Es que yo desearía tener la seguridad de que le agrada.

— Pues bien, sí, me gusta.

El joven se levantó despechado, fué á sentarse al piano que estaba en un ángulo del comedor y se puso á tocar con mucha viveza y mucha gracia. Iris miraba á Cándida para ver si la música le producía algún efecto, pero su rostro estaba siempre impasible; seguía trabajando con la cabeza baja, sin parecer siquiera que escuchase. De pronto Riconovaldo cesó de tocar, dió un golpe de enojo en el teclado y se levantó exclamando: «Es una indignidad... este piano.»

— Con permiso, dijo entonces Cándida, y salió tan lenta y fríamente como había entrado.

El joven se quedó en medio de la habitación cruzado de brazos y mirando la puerta por donde Cándida había salido. Iris soltó una carcajada.

— La verdad es que no entiendo una palabra, le dijo su hermano.

Pero en seguida se le ocurrió una idea: «¡Si le pareceré estúpido!» Y se quedó pensativo; cuando se le metía en la cabeza esta sospecha, todo había acabado para él; perdía la serenidad.

— ¿Y mi pañuelo?, exclamó Iris mirando alrededor.

Asomóse á la ventana y miró fuera: ya no estaba.

X

Furio no volvió á casa hasta la hora de comer. La escena dolorosa ocurrida durante el almuerzo le había llenado de

amargura, que aún no se había disipado, y por otra parte estaba más avergonzado que nunca; sin embargo, notábase en su rostro cierta serenidad, y Cándida lo echó de ver y tuvo una secreta satisfacción. Pasó la comida sin graves incidentes para él: solamente Riconovaldo, que estaba á su lado, le daba de vez en cuando una palmadita en el hombro y le decía: «¿Qué tal, jovencito?» Y entonces todas las miradas se fijaban en él en términos de que Furio hubiera deseado que le tragara la tierra; Riconovaldo, al verle tan ruborizado y confuso, se compadecía de él y procuraba no decirle nada y evitar así las miradas fulminantes de la tía. Iris era de carácter sumamente vivaz y habló mucho y de muchas cosas, en especial de ciertas intrigas de familias conocidas suyas, con una libertad de observaciones y de palabras que hizo muchas veces torcer la boca á su hermano, arrugar la frente á Cándida y enarcar las cejas á la tía. El padre, hablando con ella, hizo girar dos ó tres veces la conversación sobre su marido, pero ella la dejó caer con suma indiferencia. Cuando se levantaron de la mesa, tenía la cara tan encarnada que parecía una rosa.

Como estaba lloviendo, pasaron toda la velada en la sala. Furio, medio escondido en un rincón, en la penumbra, podía mirar á su gusto á su cuñada sin ser visto, y así lo hizo sin apartar la vista de ella en toda la noche, cada vez más maravillado de su conversación y de sus modales tan distintos de cuanto se había imaginado en las señoras. Era alta, esbelta y ligera como una figura de arcángel. A veces se levantaba de pronto de la silla, atravesaba á paso lento la sala con la cabeza alta, encogiéndose de hombros con donaire no estudiado, pero tan lleno de arrogancia que parecía una reina caprichosa. Si no encontraba algo que buscaba, se mordía la punta de un dedo, se cruzaba de brazos y daba muestras de impaciencia

febril como chiquilla mal criada. De cuando en cuando hacía cierto ruido con los labios, como solía hacerlo Furio en la escuela para burlarse del maestro. En ciertos momentos, mientras hacía labor, entornaba los párpados y alargaba el labio inferior como en ademán de desprecio; luego soltaba una sonora carcajada al notar que había hecho una falta en el bordado, y al reir echaba atrás la cabeza como si alguien le tirase de las trenzas. Era su cutis blanquísimo y los labios gruesos y sonrosados, mordiéndose los de continuo. Su hermano tenía un perrito al cual cogía Iris el hocico con una mano, é inclinándose como para mirarle los ojos, le decía apretando los dientes: «¡Monino!»

El padre leía un periódico, la tía hacía calceta, Cándida tenía un libro en la mano sin apartar de él la vista; todos, excepto Furio, estaban sentados alrededor de la mesa grande, alumbrados por una sola luz. Aquellos dos bellos jóvenes, en medio de las demás figuras, producían el mismo efecto que producen á primera vista en el estudio de un escultor dos hermosas estatuas acabadas, rodeadas de bocetos de yeso.

«No hay duda, decía para sí Riconovaldo mirando á Cándida de soslayo, es así — y se le presentó á la vista con persistencia despiadada la imagen de aquel muñeco del que había hablado á su patrona. — ¡Oh! ¡Pero ya veremos! No, no soy estúpido del todo.» Cogió un periódico, leyó dos ó tres líneas de un artículo que trataba de los institutos de educación, y dijo en alta voz con el acento del que propone una cuestión:

— Soy de opinión de que los niños y las niñas debieran educarse juntos; ir á la escuela, estudiar, divertirse siempre juntos, mezclados, como si no hubiese diferencia de sexos.

— ¡Cómo, cómo!, exclamaron á una los viejos, abriendo desmesuradamente los ojos.

— No hay más, contestó (y añadió para sí: «Este es el momento de demostrarles que no soy lo que les parezco;») y prosiguió en alta voz): Para comprender este principio, es preciso conocer bien á los niños; de lo contrario, es inútil, y para conocerlos se necesita estudiarlos, y para estudiarlos quererlos, y para quererlos tener algo aquí, y muchos no tienen aquí nada. Yo creo que si hay que lamentar con frecuencia que los hombres y las mujeres no se avengan cuando grandes, consiste en que no han vivido juntos cuando pequeños. Es cosa curiosa eso de tenerlos separados con tanto escrúpulo en sus primeros años, cuando luego han de pasar la vida unidos. Sucede que la fuerza que los empuja mutuamente, cuanto más refrescada, más crece, y luego cuando se afloja la mano, la conjunción se hace con violencia y resulta mal; como los niños cuando salen del colegio, que en un mes de holganza se reponen de las privaciones de diez años. Se suele decir: Enviemos los niños á la escuela, donde aprenden de antemano á conocer á los hombres, pues la escuela es una imagen de la sociedad. ¡Brava imagen de la sociedad si no hubiera de por medio el muelle, que es la mujer! Y además, si no se adquiere á tiempo ese no sé qué fino y delicado en los modales y en la conversación que se requiere para tratar dignamente á las mujeres, es difícil que se adquiriera en lo sucesivo, pues siempre queda algo de rudo y de vulgar. Es preciso aprender pronto á conocer bajo todas sus fases al bello sexo; de lo contrario, cuando anda de por medio la pasión, no se saca ya nada en claro, y se ven hombres con un palmo de barba, talentos, que hacen una figura lastimosa delante de las mujeres, porque se encuentran como si tuviesen en la mano un instrumento misterioso sin saber á qué parte volverlo. En mi concepto, tienen suerte aquellos que han vivido desde niños en medio de un ejército

de primas; todos ofrecen algo delicado y agradable exterior ó interiormente. Puestos en compañía de las niñas, los muchachos se esforzarán por agradar, sin saber por qué, y adquirirán ese modo de ser distinguido y cortés que poco á poco llega á ser una cualidad del alma. Hasta esa libertad descuidada en el modo de hablar que se convierte en costumbre y ya no se pierde, creo que se corregiría algo, lo cual sería un gran bien. Y si no, ved un niño de ocho años cuando está con una niña de siete; despiértase en él de pronto cierto sentimiento de superioridad protectora que le comunica algo de generoso y le enorgullece. Para mí no hay nada más grato que ese aire de mujercita despejada que adopta una niña cuando se pasea del brazo con un niño de su edad. Así en uno como en otro sentimiento hay un germen de virtud que cuanto más pronto florece, mejores frutos da. Y precisamente de este modo creo que se retarda el progreso de ciertas ideas, porque la imaginación abandonada á sí misma devora pronto el camino, y el muchacho que hace fantásticas conjeturas sobre la mujer, de diez veces, nueve la ve bajo un prisma falaz. Educación común: tal es mi parecer. Luego crece uno, se va lejos, se olvidan poco á poco los nombres y las caras de las compañeras de la infancia; pero, aunque confusamente, siempre se ven aquellas cabecitas rubias, y en medio de las tempestades de la vida aquellas manecitas nos saludan desde lejos. No olvidaré nunca que cuando niño reñí en la calle con un chiquillo más fuerte que yo porque había tocado un rizo á una prima mía mientras la acompañaba á la escuela; os juro que este recuerdo me ha preservado más adelante de hacer semejantes tonterías. ¿Qué os parece?

Guardó silencio y miró á Cándida, pero ésta tenía la cabeza tan baja que no pudo verle la cara.

— Creo que tienes razón, le dijo su hermana, que no le había prestado gran atención.

La tía siguió callada, y el viejo le miró con su acostumbrada sonrisita de asentimiento benévolo y murmuró:

— Sí..., algo hay de verdad en eso.

— ¡Furio!, dijo de pronto Iris.

Furio se puso en pie.

— Se me han caído las tijeras.

— Tómelas usted, contestó Furio entregándoselas y poniéndose colorado.

Iris tomó las tijeras, lo miró y dijo para sí: «¡Cosa más rara!»

— ¡Tonto!, le dijo la tía, que también le miraba.

Y Riconovaldo se apresuró á decirle: «Ven acá, querido,» y le dió un beso.

Y de este modo los dos viejos apergaminados sufrieron su primera derrota.

XI

A la mañana siguiente, Cándida llamó aparte á su hermano y le dijo cariñosamente:

— ¿Por qué te muestras tan encogido y confuso cuando Iris te mira ó te habla? ¿Por qué te has de avergonzar así? Eso no está bien; ¿quién sabe lo que pensará de ti?.. Creerá que eres malo, porque los niños malos son los únicos que se avergüenzan. Es menester que tengas más soltura; es parienta tuya, tu cuñada y — recalcando las palabras — podría ser tu madre. Además no está bien mirar tan fijo á las personas, que no parece sino que nunca hayas visto á nadie; anoche la mirabas así, cuando deberías considerarla como una hermana

con la que hubieras vivido siempre y tratarla como me tratas á mí.

Furio, á quien no se le había ocurrido que su hermana pudiera leer en su alma, entendió aquellas palabras al pie de la letra, y contestó: «Sí,» y luego preguntó ingenuamente:

— ¿Y tú por qué no miras nunca á Riconovaldo y ni siquiera le escuchas cuando habla?

— Porque...

Mientras Cándida buscaba una respuesta, se presentó Iris con un vestido escotado de muselina blanca que dejaba descubiertos sus blanquísimos hombros. Cándida hizo un ademán imperceptible de desagrado y miró á Furio, el cual vió confusamente algo blanco y desapareció.

XII

Pocas horas después Iris estaba apoyada á una ventana del comedor, con la espaldá vuelta al campo, y decía: «¿Pero no habrá modo de despabilar un poco á ese muchacho?» En esto oyó los pasos de Furio que bajaba la escalera y añadió con resolución: «Ahora intervengo yo.»

Furio entró precipitadamente creyendo que no había nadie; mas al ver á su cuñada, se quedó parado.

— Ven acá, le dijo Iris al ver que volvía la espalda para marcharse.

Furio la miró estupefacto.

— ¡Aquí!, repitió con tono placentero de mando:

Furio se le acercó muy despacio.

— Acércate más, añadió Iris sonriendo.

Furio se llegó á ella casi hasta tocarla, con la cara encendida, los ojos bajos y el entrecejo arrugado como si le doliese